

EL PADRE DE MONTFORT Y EL CAMINO DE LA CRUZ

A Montfort se le conoce como el apóstol del Rosario y de la Cruz. En muchas imágenes o esculturas de Montfort se destacan esos dos signos que le caracterizan. Pues, Montfort presenta dos medios inseparables para que podamos llegar a ser perfectos discípulos de Jesucristo: María y la Cruz, (Ver ASE 225. 227; VD 1). María y la Cruz son, para Montfort, dos caminos divinos inseparables para descender y ascender. Por María Dios ha querido descender hasta nosotros para establecer el reinado de Jesucristo (ver VD 227) y por ella debemos ascender para reinar con él y en él. En la cruz, Jesús se ha vaciado hasta anonadarse y ser esclavo, para redimirnos y, por ello, ser exaltado y glorificado (Filp 2, 8-11); en la cruz el discípulo de Cristo realiza su vaciamiento de toda forma de egoísmo y falsas sabidurías para poderse llenar de Jesucristo por medio de la santísima Virgen. (ver VD 227).

Desde su experiencia personal y desde su estudio y meditación sobre la ciencia de los santos, Montfort vivió profundamente el misterio de la Cruz a lo largo de toda su vida, y en sus escritos nos transmitió su espiritualidad de la Cruz y en qué consiste la sabiduría divina de la cruz y los medios necesarios para adquirirla y conservarla, ASE 7.14; ASE 181-222; VD 226-265; ASE 227.

Vamos a realizar esta mediación en cuatro aspectos:

- 1. LA CRUZ EN LA VIDA DE MONTFORT**
- 2. LA ESPIRITUALIDAD DE LA CRUZ EN MONTFORT**
- 3. ACTUALIDAD DE LA ESPIRITUALIDAD DE LA CRUZ**
- 4. LA HORA DE JESÚS Y SU GLORIFICACIÓN**

1. LA CRUZ EN LA VIDA DE MONTFORT

La cruz caracteriza todas las etapas de la vida de Montfort y de su itinerario espiritual. Al día siguiente de su nacimiento, el 1ro, de febrero de 1673, en el bautismo, fue marcado en la frente con el signo de la Cruz. Fue el segundo de los 18 hijos de Juan Bautista Grignon y Juana Robert. Desde niño soportó los rigores de un padre poco paciente y preocupado por crecer de status social, y la estrechez de una familia numerosa. Desde los 11 hasta los 18 años vive como huésped en Rennes en casa de su tío sacerdote Alain Robert. Cuando viaja a pie de Rennes a París con destino al Seminario de san Sulpicio, al atravesar el Puente de Cesson opta por vivir radicalmente la pobreza evangélica despojándose del poco dinero que llevaba y cambiando su vestido nuevo por el de un pordiosero. Las estructuras de San Sulpicio, por la presión del ritmo comunitario, se convierten en sufrimiento y mortificación para sus impulsos místicos y misioneros. En este período de estudios en París vive pobremente, primero en la comunidad de los "clérigos pobres" del sacerdote de la Barmondière y luego, al morir este, en la comunidad muy pobre del sacerdote Boucher. Enseña el catecismo a los niños de los suburbios de París.

Su opción por Cristo era inseparable de su opción por los más pobres. Una vez ordenado sacerdote el 6 de julio de 1700 asume un estilo de vida apostólica a la Providencia que choca contra el humanismo secular y aún eclesiástico que lo combate y margina. Entre 1703 y 1704, Luis María vive una fase esencial que *Louis Pérouas* llama "el gran desamparo": despedido de los hospitales, incomprendido en sus

proyectos evangélicos, abandonado por los Sulpicianos, presa de oscuras noches místicas, piensa en retirarse a la vida eremítica o dejar su patria para evangelizar a los infieles.

En 1706 viaja a pie de París a Roma para entrevistarse con el Papa Clemente XI pues, ante los rechazos que padece de obispos y sacerdotes de su patria, desea ir a evangelizar a los infieles en la India o en Canadá. Pero, el Papa Clemente XI lo disuade y le pide volver a Francia para dedicarse a la renovación de la Iglesia como Misionero Apostólico. Emprende entonces el gran trabajo de su vida: las misiones populares, aceptando las cruces y persecuciones que no faltarán en su seguimiento de Cristo y del Evangelio. De 1706 hasta el final de su peregrinación terrena, el 28 de abril de 1716, Montfort saborea mortificaciones, resistencias, insucesos: expulsado de varias diócesis, injuriado por eclesiásticos, amenazado de muerte por veneno y puñal, lleva una vida incómoda y sin descanso, marcada por los estigmas de duros sufrimientos. El mayor de todos fue sin duda la orden imprevista del Rey Sol para demoler en 1710 el Calvario de Pontchâteau construido con el trabajo de millares de creyentes para recordar el amor del Dios crucificado.

En su Carta a su hermana Sor Catalina de san Bernardo, el 1º de enero de 1713, Montfort la invita a la gratitud a Dios por los sufrimientos que ambos han recibido, y a orar para proseguir la lucha con el aprecio de las cruces aún por venir, C 24. Y, el 15 de agosto siguiente le escribe: "Si conocieras en detalle mis cruces y humillaciones, dudo que tuvieras tantas ansias de verme. En efecto... siempre alerta, siempre sobre espinas, siempre sobre guijarros afilados, me encuentro como una pelota en juego: tan pronto la arrojan de un lado, ya la rechazan del otro, golpeándola con violencia. Es el destino de este pobre pecador. Así estoy, sin tregua ni descanso, desde hace trece años, cuando salí de San Sulpicio. No obstante, querida hermana, bendice al Señor por mí. Pues, me siento feliz en medio de mis sufrimientos, y no creo que haya nada en el mundo tan dulce para mí como la cruz más amarga, siempre que venga empapada en la sangre de Jesús crucificado y en la leche de su divina Madre. Pero además de este gozo interior hay gran provecho en llevar la cruz... Nunca he logrado mayor número de conversiones que después de los entredichos más crueles e injustos": C 26; ver VD 154.

Esta familiaridad con la cruz hace estallar su gozo que manifiesta en una fórmula nueva de saludo inicial, utilizada en sus cartas a partir del 15 de agosto de 1713: ¡Viva Jesús!, ¡Viva su Cruz! Y le lleva a esta conclusión: ¡Qué cruz, no tener cruz!

Luis María está siempre listo a sacrificarlo todo, a sacrificarse a sí mismo por la salvación de las almas porque conoce el precio de las almas. "Las almas son tan preciosas ante Dios, que por ellas ha derramado toda su sangre; y ¿yo no haré nada? Emprendió por ellas tan largos y penosos viajes, y yo no haré ninguno". Arriesgó hasta su propia vida, y ¿yo no arriesgaré la mía? ¡Ah! Sólo un pagano o un mal cristiano pueden permanecer insensibles ante la inmensa pérdida de estos tesoros infinitos: ¡las almas rescatadas por Jesucristo!": CM 6

Las reflexiones de Montfort sobre el misterio de la cruz lo llevaron a una actitud de estima, amor y gozo ante las cruces, hasta ver en los pobres y enfermos a los predilectos de Dios como imágenes vivas de Jesús crucificado. En sus misiones nunca faltan sus expresiones de solidaridad con los pobres, sus predilectos. **Cruz, pobreza y pobres** son realidades inseparables en la vida de Montfort. En sus misiones siempre deja plantada una cruz. En Montfort la Cane, en 1707, en lugar de predicar tomó el crucifijo que le había dado el Papa Clemente XI, lo contempló durante mucho tiempo y rompió a llorar; bajando

del púlpito sin decir palabra, lo presenta a todos para que lo besen. Todos están conmovidos y arrepentidos. Así logra el objetivo de su predicación.

Con ocasión de la canonización de Montfort, el 20 de julio de 1947, el Papa Pío XII dijo: "La Cruz de Jesús y la Madre de Jesús son los dos polos de la vida y del apostolado de Montfort... Crucificado él mismo, tenía el derecho de predicar a Cristo crucificado. Más que un programa de vida, delineó su propio retrato espiritual en la Carta a los Amigos de la Cruz: "Un amigo de la cruz es un hombre escogido por Dios, entre diez mil personas que viven según los sentidos y la sola razón, para ser un hombre totalmente divino que supere la razón y se oponga a los sentidos con una vida y una luz de pura fe, y un amor vehemente a la cruz".

La vida de Montfort se caracterizó por ser una vida itinerante, de desbordante ardor místico y apostólico como esclavo de Jesús por María, plena de incomprendimientos, de pobreza y amor a los pobres, de abandono total a la Providencia, de incontables cruces. En su vida experimentó la sabiduría del "lenguaje de la cruz", 1 Cor 1,18, y se dedicó a "ignorarlo todo excepto a Jesucristo crucificado", 1 Cor 2,2. El amor de Dios, "Dios Solo" ilumina y dirige su vida y su camino. Las humillaciones más punzantes, las más amargas persecuciones purifican su amor y hacen irradiar su gozo. Vuelve a vivir la experiencia de San Pablo con quien dice: "*Me siento lleno de consuelo. Rebose alegría en medio de todas mis penalidades*": 2Co 7,4. "*Con Cristo estoy crucificado, y ya no vivo yo, vive en mí Cristo*": Ga 2,19-20.

2. LA ESPIRITUALIDAD DE LA CRUZ EN MONTFORT

Meditemos esta espiritualidad en sus escritos que son un retrato de su experiencia espiritual y apostólica

1. **CAMINO DE SANTIDAD. En la Carta a los Amigos de la Cruz (AC).** La espiritualidad de la Cruz en Montfort tiene un solo objetivo: llevar a los laicos a vivir conforme al Evangelio, "confundiendo la sabiduría del mundo con la locura de la Cruz".

Grandet, el primer biógrafo de Montfort, queda sorprendido por la importancia de la cruz en la vida del santo: "*El Señor Grignon, apoyado en lo que dice Jesucristo que para ser discípulo suyo hay que renunciarse a sí mismo, cargar con su cruz todos los días y seguirle...*, procuraba inspirar a todas las personas el amor a las cruces... Predicaba esta gran verdad con sus palabras y, más "eficazmente aún, con sus ejemplos... Para inspirar esta devoción - tan contraria a los sentidos y a la naturaleza corrompida - creaba asociaciones de fieles bajo el título de la cruz; les daba reglamentos y prácticas aprobadas por los obispos... Hizo imprimir una carta circular dirigida a los amigos de la cruz."

Los dos únicos escritos que Montfort hizo imprimir fue esta Carta (AC) y el "Contrato de Alianza con Dios" que cada consagrado y él mismo firmaban. Ello muestra la importancia que le daba a ambos documentos.

"Entre los preclaros misioneros apostólicos debe contarse sin lugar a dudas a San Luis María, vivió totalmente inserto en el designio de la Divina Sabiduría como esclavo de María la madre de Dios. Trabajó con todas sus fuerzas en confundir la sabiduría del mundo con la locura de la Cruz, para llevar al pueblo

cristiano a vivir conforme al evangelio". (Del Decreto para inscribir la fiesta de Montfort en el calendario universal, Roma, 20 de julio de 1996.)

Además, Montfort está plenamente convencido que la vocación de todo bautizado es adquirir la santidad de Dios (ver SM 3). La Carta a los Amigos de la Cruz es un comentario, una lectio divina, sobre el texto evangélico Lc 9, 23 dirigido por Jesús a 'todos': "Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame". Para él este es el programa de vida de un cristiano.

"En efecto, la perfección cristiana consiste:

- 1 - en aspirar a la santidad: *el que quiera venirse conmigo*
- 2 - en dominarse: *que se niegue a sí mismo,*
- 3 - en padecer: *que cargue con su cruz cada día*
- 4 - en comprometerse con Jesucristo: *y me siga."* AC 13.

1-Querer ser santo: "El que quiera venirse conmigo":

"El que quiera". No dice "los que quieran", para indicar que son muy pocos los que buscan llevar la cruz. "El que quiera". O sea, el que tenga voluntad sincera, firme, resuelta. No por instinto natural, rutina, egoísmo o respeto humano, sino por la gracia del Espíritu Santo. "El que quiera", como Jesús, quien "en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz", Heb 12,2; ver AC 14-16.

2-Dominarse: "que se niegue a sí mismo",

El que quiera seguirme, a imitación mía, debe gloriarse solo en la pobreza, las humillaciones, y padecimientos de mi cruz: "que reniegue a sí mismo". Mi amor en él le hará desear tanto seguirme que pondrá todo su corazón en el Reino sin contar el costo; ver AC 17.

3-En padecer: "que cargue con su cruz"

'Con su cruz'. ¡Sí, con su propia cruz! No con la del vecino. AC 18.

La cruz son las humillaciones, menosprecios, dolores, enfermedades, pobreza, tentaciones, sequedades, abandonos, penalidades espirituales y todo tipo de circunstancias duras.

Dios no se place en los sufrimientos de nadie. Pero Dios saca de él las más grandes victorias contra el enemigo si sus hijos llevan el sufrimiento con amor y confianza en Dios. La cruz nos purifica de tantos apegos a la carne y al mundo y nos ayuda a buscar primero el Reino de Dios, Ver AC 18.

"Que cargue": Que no la arrastre, ni la rechace, ni la recorte, ni la oculte. En otras palabras, que la lleve con la mano en alto, sin impaciencia ni repugnancia, sin quejas ni críticas voluntarias, sin medias tintas ni componendas". Como S. Pablo: "Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme mas que de la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gal. 6,14), Ver AC 19.

"Que cargue": La cruz es necesaria para los discípulos de un Cristo crucificado, "Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos y necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios". (1 Cor. 1,22-24). San Pablo exclama que no quiere saber nada fuera de Jesucristo crucificado. (1 Cor. 2,2), ver AC 26.

"Que cargue": Somos templos de Dios. Somos piedras vivas del templo. Nos disponemos a ser labrados con el martillo de la cruz para no quedar como piedras toscas, que no sirven. No resistir al Señor que como arquitecto amoroso da golpes de martillo para convertirnos en bellas piedras para su edificio, ver AC 28.

4-Comprometerse con Jesucristo: "y me siga" (AC 41).

Para Montfort es evidente que "llevar la propia cruz", no es cuestión opcional. Como hombre práctico y muy sensible a los medios para lograr un objetivo, Montfort enumera 14 reglas para decirnos 'cómo' llevar bien mi cruz. Pues Sufrir por sufrir no es nada. Lo que importa es caminar tras las huellas de Jesucristo, llevar su cruz como él llevó la suya. Montfort lo resume así en catorce reglas prácticas (nn. 42-62), Destaco en síntesis al menos 7:

4.1 **No buscarse cruces** (AC 42). Basta con cumplir con nuestros deberes de estado. Basta con hacer bien el bien que debemos hacer y encontraremos cruces en abundancia. La disciplina diaria es la cruz más fecunda.

4.2 **Tengan en cuenta el bien del prójimo** " (AC 43). Absténganse de hacer algo que, aunque sin motivo, puede escandalizar, ver 1Cor 8,13.

4.3 **No pretendan obrar como algunos santos** (AC 44). Admirémoslos, pero no pretendamos volar tan alto, ya que al lado de esas águilas veloces y de esos leones rugientes, no somos más que gallinas mojadas y que perros muertos.

4.4 **Pidan a Dios la sabiduría de la cruz** (AC 45). Pídanla insistentemente y sin titubeos y ciertamente la alcanzarán, ver Sant 1,5-6.

4.5 **Humíllense ante las propias faltas, pero sin desesperarse** (AC 46). A menudo Dios permite que sus mejores servidores cometan faltas de las más humillantes para empequeñecerlos a sus propios ojos y delante de los hombres, para quitarles el orgullo que tienen por las gracias recibidas, de modo que ningún mortal puede gloriarse ante Dios. (1 Cor. 1,29).

4.6 **Aprovechen los sufrimientos más pequeños que los grandes** (AC 49). Dios no mira tanto lo que se sufre sino cómo se sufre. Sufrir poco o mucho por Dios, es sufrir como santos.

4.7 **Amen la cruz con amor sobrenatural** (AC 50). Cuando hablo de amar la cruz, no quiero decir que la amen con amor sensible. Esto es imposible a la naturaleza. Amamos y saboreamos la propia cruz a la luz de la fe, aunque con frecuencia todo sea guerra y sobresalto en la parte inferior, que gime, se queja, llora y busca alivio. Decir con Jesucristo: *Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya*, Lc 22,42. O con la santísima Virgen: *Aquí está la esclava del Señor, cúmplase en mí lo que has dicho*", Lc 1,38.

2. LA SABIDURÍA Y LA CRUZ. En el Amor de la Sabiduría eterna (ASE).

El Amor de la Sabiduría Eterna, ASE, es considerado el libro que contiene en su conjunto la espiritualidad de Montfort. El objetivo de ese libro es darnos a conocer la Sabiduría divina y los medios para adquirirla y conservarla, ASE 7.14. Para Montfort, la sabiduría es un don y una persona. Como don es el máximo don que Dios nos puede otorgar y como persona, es la Sabiduría eterna y encarnada, Jesucristo.

Para Montfort, "poseer y conservar la Sabiduría" es "unirse a Jesucristo para llevar su cruz tras él". Esto lo expresa de modo especial en el Capítulo XIV de ASE que trata del "Triunfo de la Sabiduría eterna en la cruz y por la cruz. "Este es, a mi modo de ver, el mayor secreto del rey, el misterio más sublime de la Sabiduría eterna: la cruz." ASE 167.

Después de algunas consideraciones, llega a la siguiente conclusión: "el enlace de la Sabiduría y la cruz es insoluble, y eterna su alianza. ¡Jamás la cruz sin Jesús ni Jesús sin la cruz!", ASE 172.

La Sabiduría “no admite como soldado sino a quien esté dispuesto a armarse con ella (la cruz) para defenderse, atacar, derribar y aplastar a todos sus enemigos. Y dice: *Ánimo, que yo he vencido al mundo* (Jn 16,33). “Confíen en mí, soldados míos; ¡soy yo, su capitán! Por la cruz he triunfado de mis enemigos. ¡Con este signo los vencerán también ustedes!” ASE 173.

Dice Montfort “Si el conocimiento del misterio de la Cruz es una gracia tan excepcional, ¿qué no serán su gozo y posesión efectiva? ASE175.

Entre las 1000 referencias bíblicas de Montfort en sus obras, solo tiene una sobre el libro del Eclesiastés para decir: “El número de los necios e infelices es infinito, dice la Sabiduría (Ecle 1,15), porque es infinito el de aquellos que no conocen el precio de la cruz y la llevan a regañadientes.”, ASE 179.

Otra de las conclusiones a que llega es la siguiente: “¡Nada de ilusiones! ¡Desde que la Sabiduría encarnada tuvo que entrar en el cielo por medio de la cruz, por ella tendrán que entrar cuantos la sigan!”, ASE 180.

Y finalmente concluye: “Ciertamente, la verdadera Sabiduría no se halla en la tierra ni en el corazón de quienes viven a sus anchas. Reside en la cruz, en forma tal que fuera de ella es imposible hallarla en este mundo. Se ha incorporado y unido a la cruz de tal manera, que podemos decir con toda verdad: ¡la Sabiduría es la cruz, y la cruz es la Sabiduría!”, ASE 180.

3. MARÍA Y LA CRUZ. En la Verdadera Devoción (VD) y en el Secreto de María (SM).

En la imagen que presenta Montfort de los apóstoles de los últimos tiempos, es decir, de aquellos que viven la verdadera devoción a María que él propone, la Cruz y María ocupan un lugar central: “Llevarán en la boca la espada de dos filos de la Palabra de Dios (Heb 4,12); sobre sus hombros, el estandarte ensangrentado de la cruz; en la mano derecha, el crucifijo; el rosario en la izquierda; los sagrados nombres de Jesús y de María en el corazón, y en toda su conducta la modestia y mortificación de Jesucristo.”, VD 59.

Montfort presenta a María como el camino más fácil, corto, seguro y perfecto para unirnos a Jesucristo, en lo cual consiste la perfección cristiana. Sin embargo, Montfort se interroga: “Si esta devoción a la Santísima Virgen facilita el **camino** para llegar a Jesucristo, ¿por qué son sus devotos los más crucificados?”. VD 153.

Él mismo responde: “No quiere decir esto que cuando hayas encontrado a María por una actitud de verdadero consagrado a Ella, vivas exento de cruces y sufrimientos. ¡Al contrario! (ver VD 154), tendrás que sufrir más que los demás. Porque María, la Madre de los vivientes, hace partícipes a sus hijos del árbol de la vida, que es la cruz de Jesucristo. Pero, al repartirles grandes cruces les comunica también la gracia de cargarlas con paciencia y hasta con alegría. Ella, en efecto, endulza las cruces que da a los suyos y las convierte -por decirlo así- en golosinas o cruces almibaradas.” SM 22.

Creo que una persona que quiere vivir piadosamente en Jesucristo... no llevará jamás grandes cruces, o no las llevará con alegría y hasta el fin, si no profesa una tierna devoción a la Santísima Virgen”, VD 154.

La finalidad de la consagración total a Jesús por María es “llevar mi cruz con Él, en la fidelidad de cada día a la voluntad del Padre.” Ver ASE 225.

4. EL MISTERIO DE LA CRUZ. La Cruz en los Cánticos (CT).

En ellos Montfort presenta profusamente el ‘misterio de la Cruz’, fruto de su profunda contemplación y experiencia personal.

CT 19: El triunfo de la Cruz: El cántico celebra el misterio infinito de la cruz, que desconcierta nuestra sabiduría; pero es necesario, es arma de victoria, portadora de gloria y méritos, produce en las almas sorprendentes efectos.

En los **Cánticos 67 a 75**, Montfort contempla cada uno de los misterios dolorosos padecidos por Jesús incluyendo a su santa Madre al pie de la cruz, todo lo cual expresa cómo la contemplación del misterio de la Cruz ocupó un lugar central en la vida espiritual de este místico apostólico y espera que también acontezca en nosotros.

CT 102 sobre “El Triunfo de la Cruz”, desarrolla en 35 estrofas, la necesidad de la cruz, que es un misterio que para comprenderlo se requiere mucha luz; la naturaleza la odia, la razón la combate, el hombre sabio la ignora y el demonio la abate; pero “en este signo vencerás, dijo Dios a Constantino; toda victoria estará escondida en su seno; “La cruz es nuestra ciencia y nuestra liberación, nuestra segura esperanza, nuestra sola perfección.

CT 123 sobre “Los Tesoros de la Cruz”, es un diálogo entre el alma, la voz de Jesús y la voz de María, en donde se contraponen lo que el mundo apetece y la sabiduría de la cruz de Cristo: Voz de Jesús: “He vivido en obediencia, me he sometido a servir; entre miseria y dolor quise nacer y vivir. ¿Quieres reinar conmigo? El ejemplo te he dado es la ley con que he triunfado”.

CT 137 “Cántico nuevo en honor del Calvario”, En 17 estrofas canta el significado y valor del Calvario. “Aquí es donde vemos la humilde obediencia triunfar del orgullo y darnos paz; aquí es donde hemos nacido a la vida muriendo al pecado y muerte eterna”, (6).

CT 164 “El Calvario de Ponchâteau”. En 22 estrofas motiva a los feligreses a construir un calvario que será lugar de peregrinaciones y fuente de conversiones. “¡Oh, qué maravillas se verán en este sitio! Cuántas conversiones, curaciones y gracias sin igual. Hagamos un calvario, hagámoslo aquí”.

5. EL AMOR DE LA CRUZ. En sus Sermones (S)

En ellos destaca sobre todo el amor de la cruz. El que ama la cruz es siempre fiel a Dios. Que la cruz sea honrada, adorada por los reyes, es poca cosa; pero que sea plantada en el corazón de un cristiano, eso es grandioso. Estar sin cruz es un gran mal. Es un mal mayor que sufrir sin amor. Es una gran felicidad sufrir con amor. La cruz es fuente de vida. La cruz es fuente de alegría; la cruz es fuente de gloria. La cruz es el camino real por el que Dios hace caminar a todas las grandes almas.

3. ACTUALIDAD DE LA ESPIRITUALIDAD DE LA CRUZ

1. Montfort presenta en AC un programa de vida para todos los cristianos que ‘viven en el mundo, pero no quieren ser del mundo’ para ser testigos de Cristo en la humildad contra el orgullo, en la pobreza contra la avaricia, en la mortificación contra la sensualidad, AC 4.

2. Si algunas veces Montfort acentúa la mortificación y las virtudes pasivas, prevalece sin embargo su concepción de la cruz como consecuencia del seguimiento de Cristo: "Si se precian de ser guiados por el mismo espíritu de Jesucristo y de vivir la misma vida de quien es su Cabeza coronada de espinas, no esperen sino abrojos, azotes, clavos; en una palabra, cruz. Pues es necesario que el discípulo sea tratado como el Maestro, los miembros como la Cabeza": AC 27.
3. Montfort excluye toda interpretación masoquista porque la naturaleza tiende al placer, rechaza la cruz, la teme, se lamenta al sentir su peso, sólo venciendo a sí misma la puede aceptar: AC 50-61. Solamente Jesucristo con su gracia puede hacernos conocer y gustar el misterio de la cruz.
4. Su enseñanza no debe ser entendida como una apología del dolor, ya que éste no es la última palabra del cristianismo que cree en la resurrección de Cristo y de los fieles, ni como una incitación a una visión austera, pasiva y negativa de la vida cristiana que acalle el compromiso por la liberación del mal en todas sus dimensiones y niveles.
5. La Carta de Montfort, AC, es una palabra de consolación para cuantos gimen agobiados por la cruz, pero es al mismo tiempo invitación a reconocer que el vaciamiento, la *kénosis* o anonadamiento es ley permanente del cristiano, que implica la imitación de Cristo en la pobreza, el despojo de privilegios, la exclusión del poder opresivo, el rechazo de una civilización 'light', aburguesada, hedonística y permisiva. Pero tal despojamiento no se absolutiza, ya que la cruz y la anonadación no menguan el sentido y la fuerza transformadora de la resurrección, que garantiza en Cristo los frutos de salvación y de vida nueva, hoy y siempre, como ayer.
6. Para mí es muy luminoso y hasta consolador considerar que la sabiduría de la cruz es la sabiduría del amor, de la disciplina, la sabiduría del servicio, de la donación, practicada y enseñada por el Maestro: *"El que quiera ser grande entre ustedes, será su servidor, y el que quiera ser el primero entre ustedes, será su esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre que no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos"*, ver, Mt 20,26-27. **Amar es servir.**
7. "La Iglesia encuentra que debe afrontar hoy desafíos enormes que ponen a prueba la confianza y el entusiasmo de los anunciadores. ... El problema aún más grave es el de la Secularización, / del agnosticismo y del ateísmo/ y el cambio de horizonte cultural dominado por el primado de las ciencias experimentales inspiradas en los criterios de la epistemología científica. Aunque se muestra sensible a la dimensión religiosa y parece incluso redescubrirla, el mundo moderno acepta al máximo la idea de un Dios creador, mientras encuentra difícil acoger –como le ocurrió al auditorio de Pablo en el areópago de Atenas (ver Act 17, 32-34) - «el escándalo de la cruz» (ver 1 Cor 1,23), el escándalo de un Dios que por amor entra en nuestra historia y se hace hombre, muriendo y resucitando por nosotros...", Juan Pablo II.

4. LA HORA DE JESÚS Y LA CRUZ

El evangelio según san Juan está enmarcado entre dos acontecimientos en los cuales está presente María, y en los que Jesús menciona su Hora: el acontecimiento de **Caná** (Jn 2,1-12) que manifiesta que la Alianza es un matrimonio que Jesús consume en la Cruz, y la **Cruz** en donde Jesús es reconocido como 'Yo soy', (Jn 8,28), que es el nombre de Dios: Yahvé (Ex 3,14).

Estando próxima la pasión, Jesús anuncia que ha llegado su Hora en la que será glorificado por el Padre (ver Jn 12,27-28). Esta glorificación acontece cuando ‘el grano de trigo muere’ (Jn 12,24). Pues, “Cuando yo sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (12,32). Jesús dice claramente: ‘Para esta Hora he venido’. Jesús tenía que ser elevado en alto como la serpiente de bronce en el desierto (Num, 21,4-9) para que todo el que crea en él tenga vida eterna. Elevado en la Cruz realiza su oblación para la redención de la humanidad y expresa su sometimiento total a la voluntad del Padre: “Holocaustos y sacrificios por el pecado no los quisiste ni te agradaron... Entonces -añade- He aquí que vengo a hacer tu voluntad”, Heb 10,8-9).

En el centro del pasaje que relata la **Hora de Jesús y su glorificación** (Jn 12, 20-36) se encuentra tres veces el verbo “servir”: “Si alguno me **sirve**, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi **servidor**. Si alguno me **sirve**, el Padre le honrará” (12,26). Así, insiste en la imitación de Jesús por el **servicio**, entendido como entrega de la vida para ser fecundo y dar gloria al Padre. “Servir” al Hijo del Hombre es seguirlo; quien se ponga a su servicio estará con él entregando su vida, y el Padre honrará a este servidor (12,26).

Dando su vida en la Cruz para que tengamos vida, Jesucristo manifiesta su amor extremo por nosotros y su obediencia total a la voluntad del Padre. Así como **el amor, la obediencia y la Cruz** son inseparables en la vida de Jesús y en su glorificación, también en la vida del cristiano son inseparables el amor como ágape, la obediencia y la cruz, para ser discípulo de Cristo y para glorificación eterna.

Esto quizás ayude a valorar más ‘El Padre de Montfort y el camino de la Cruz.

¡Qué cruz no tener cruz!

¡Viva Jesús, viva su Cruz!

Amén